

—Calle, hermana, que no quiero disgustos.  
Gritó la Priora.

—Cuánto mas divierte, exclamó Berta, hablar del magistrado á quien hallaron la otra noche en camisa tiritando y medio yerto al soplo de los Apeninos, en el alero del techo que guarece á una de las mas lindas damas de Prato.

—Ni de eso, ni de lo otro, dijo la Priora, frutas prohibidas en nuestro jardin. Al cogerlas renovais el pecado de Eva, y si no perdeis como ella al género humano, perdeis á esta santa y piadosa comunidad, cuya defensa Dios me ha encomendado por su divina eleccion.

Calláronse todas las madres á esta reprimenda, y no volvieron á hablar, hasta que la Priora inició la conversacion, dirigiéndose á una de ellas denominada Constanza y preguntándole por sus progresos en los estudios ¿de qué dirán los lectores? de los dichos latinos con frecuencia usados en la conversacion particular.

—Gracias, Madre nuestra, gracias por esa cariñosa atencion. El amor á la antigüedad ha echado en la lengua corriente innumerables maneras de decir cuyo sentido todos conocen y cuyo origen ignoran todos. Cuéntase una historia tomándola de muy lejos, y el malhumorado que la escucha ruega á su interlocutor que no comienze *ab ovo*. ¿De donde ha venido esta frase *ab ovo*. Pues ha venido del arte poética de Horacio, donde se alaba á Homero por haber empezado su poema sobre el sitio de Troya en la cólera de Aquiles y no en el huevo de Leda, madre de la célebre Helena, cuya fatal hermosura causa los desastres y ruinas de tamaña guerra. Quiere, por ejemplo, calificar á los miembros de una comunidad con calificativos iguales, y tomáis á uno solo por tipo, añadiendo luego: *ab uno disce omnes, ó por uno conoce á todos*. Y proviene tal frase del libro segundo de la Eneida, donde habla Virgilio por boca de Eneas con tanta elocuencia de las perfidias griegas personificándolas en Sinon. Muchas veces tambien suele decirse á un defensor tenaz de sus propios intereses que habla *pro doma sua*, ignorando que proviene tal dicho de aquella célebre arenga de Ciceron contra el tribuno Clodio, injusto acaparador de la casa del grande hombre.

Al oír todas estas disertaciones bostezó Berta con bostezo cuyo ruido vino á promover una carcajada general en la bulliciosa comunidad.

—Pues ya se ve que bostezo. Traer á un convento de monjas como cosa mas amena que los chismes de vecindad, las sentencias latinas de esos paganos que arderán á estas horas en los infiernos, téngolo por disparatado y condenable.

—Hermana Constanza, exclamó Rita, no pare mientes en las simplezas de nuestra hermana Berta, pues leyendo libros latinos se aprende á gobernar á los pueblos en breves sentencias como aquella que tan admirablemente

nos describe la naturaleza de la monarquía: *Dum delirant reges, plectuntur Achivi*.

—Justo, en que el poeta.....

—Callen, hermanas, con sus poetas en lengua ininteligible, dijo Berta, ó pido permiso á la Madre Abadesa para recojerme ántes de tiempo y acostarme tempranito huyendo de latinas majaderías.

—Hablemos pues de artes.

—Otra que bien baila.

Replicó Berta.

—No hay arte como el del Gobierno.

Exclamó Rita.

—Como el amar á Dios.

Añadió á su vez Rosa.

—Y servirlo.

Murmuró Perfecta levantando los ojos al cielo.

—¡Cuanta pulla inútil se echan unas á otras estas buenas madres!

Dijo casi entre dientes Berta.

—Para artes la gramática latina.

Apuntó tímidamente Constanza.

—Griselda.

Gritó la Priora levantando la voz sobre los murmullos de la Comunidad.

—¡Santa Madre!

Respondió una novicia de veinte años, fresca como una rosa, alegre como unas pascuas, de voz dulce como un ruiseñor, de timidez pudoroso como una violeta, adelantándose en medio del concurso.

—Diles á todas estas madres, empeñadas en disputas de escuela, tú, sacerdotisa del arte, la emocion sentida por el corazon abierto á las inspiraciones divinas en el momento de crear algo imperecedero, y muéstrales como, entre las cosas profanas, las más próximas al ideal es la poesía, ó la pintura, ó la música, ó la escultura, esas hijas de la luz y del amor. Pruébales con sencillez lo mismo que sientes con vehemencia; como la mujer se emplea mejor que en ninguna otra cosa, despues de la oracion y de las ofrendas á Dios, en el culto austero de las artes.

—Vuestra maternidad acaba de decir todo cuanto puede sobre este tema decirse, y no deja idea alguna digna de agregarse á sus palabras. Todo arte se engendra en el sentimiento y se anima del ideal, segun he oido en las escuelas platónicas de Florencia. Si en el sentimiento se engendra ¿dónde existen sentimientos tan vivos como en el corazon de la mujer? ¿Quién puede ni sabe amar como nosotras? ¿Quién se eleva por la contemplacion, por el arrobamiento, por el éxtasis, á esos ideales en cuya presencia las cosas tangibles aparecen como vanas sombras? Los romanos confiaron á las

vestales, castísimas vírgenes, la conservación del fuego sagrado. Lo porvenir nos dará á nosotras la conservación de la llama del ideal. En nuestros ojos se bebe el amor, esa virtud creadora, porque en nuestros ojos resplandece el alma de los séres y la esencia de las ideas.

Sordo rumor de aprobacion salió del auditorio en cuanto resonaron aquellas palabras recogidas sin duda como una especie de perfumada miel en las academias florentinas donde se practicaba el culto á Platon. Mas acababa apenas de comunicarse al aire, cuando calorosa protesta surgió de aquel coro de alabanzas producido naturalmente por la madre que consagraba todas sus ideas y todos sus sentimientos á las cuestiones políticas.

—Yo detesto el amor al arte porque ha sustituido el amor á la patria. Los que enseñan cuanto Griselda nos ha repetido, pertenecen á la República de Platon; pero no á la República de Florencia. Suben tanto los artistas que no tocan por ninguna parte á la tierra. Como su mundo está en el cielo, se exentan de nuestras bajas tempestades. Así fabrican sus obras sublimes, al par que los tiranos forjan sus pesadas cadenas. Y ninguna de nuestras lágrimas llega á los ojos de sus figuras celestes. No saben odiar pero tampoco querer. No combaten porque no viven. Allá en sus alturas apenas se respira. La indiferencia entre el mal y el bien se trasluce en el culto prestado á la hermosura aunque sea la forma de un vicio. Serán dioses, pero dioses que reinen sobre esclavos. Los detesto por indiferentes á los males de su patria y por serviles cortesanos de los Médicis.

—Vamos, no hable así la madre Rita, dijo la Priora, que llama sobre este monasterio con sus palabras imprudentísimas, odios muy terribles.

—Al fin os dejareis todos esos rimbombantes tiquis-miquis viniéndoos conmigo, dijo Berta. Gústame á mí interesarme en todo; saber cuántos hijos tiene la vecina de al lado y cuántas novias el mancebo de enfrente; qué importan las cosechas del hortelano de nuestra huerta, y qué ganancias alcanza el mercader de la esquina; cómo se componen el médico y el boticario para prolongar las enfermedades de sus clientes y acrecentar las visitas y las recetas; por qué y á favor de quién el escribano falsifica los codicilos; cuántos dientes postizos llevan en su boca y arreboles prestados en sus mejillas las damas principales; por qué el cura visita.....

—Ya me tiene atronados los oídos con esa charla sempiterna, gritó la Priora, al considerar la resbaladiza pendiente por donde Sor Berta se deslizaba.

Y para evitar malas tentaciones y divertir la atención de aquellos peligrosos temas, volvióse hácia otro rincón de la sala y dijo:

—¿Dónde está Lucrecia Butti?

—Aquí, Santa Madre.

Respondió Lucrecia, saliendo del rincón á cuya sombra escuchaba todas aquellas varias opiniones, en recogido y profundísimo silencio.

—Aquí teneis la mujer fuerte.

—No me avergüence Vuestra Maternidad.

—Ha preferido el asilo de este claustro á un matrimonio rico y nobilísimo.

—Es verdad.

—Ya ves de qué hablan las hermanas en este rato de ocio. Tú debes saber mejor que nadie dónde se encuentra la verdadera felicidad para la mujer, puesto que has procedido de esa suerte.

—Madre, yo no queria mezclarme en conversaciones que creo del dominio exclusivo de la Comunidad, y en las cuales no podemos intervenir con provecho nosotras, de paso en este sitio, y á la Comunidad ajenas.

—Pero, si por tus votos no nos perteneces; casi nos perteneces por tus ejercicios. Tomas parte en todas nuestras ocupaciones y debes tomarlas en todos nuestros recreos. Para quitarle al tema su aridez impidiendo al mismo tiempo disputas ya fatigadas y fatigosas, dime, tú, que has tenido valor para dar un no redondo al pié del altar, dime dónde crees que debe hallar su felicidad la mujer. Habla.

Lucrecia se turbó un poco, y apenas pudo responder á la interrogacion que le dirigia la Abadesa.

—Que hable, que hable.

Gritaron á una todas las monjas.

—Preguntad, dijo Lucrecia, y hablaré en virtud de la santa obediencia que debo á sus autoridades desde el momento mismo en que entré en esta casa.

—Vamos. Responde.

Dijo la Priora.

—Pregunte, Madre, pregunte.

Contestó Lucrecia.

—¿Dónde crees que la felicidad se encuentra para la mujer?

—En el hogar, en el matrimonio, en la educación de los hijos, en el amor de un esposo amante y amado.

Un rumor de extrañeza recorrió aquella Comunidad que expresaba sus emociones con la espontaneidad propia de todas las asambleas en el mundo.

—¿Se extrañó la Santa Comunidad de lo que dije?

—No se extraña tanto de lo que dices, como de lo que digas tú.

—¿Por qué?

—Porque si crees que la felicidad se encuentra en el matrimonio, ¿cómo del matrimonio has huido?

—Por razón de esta misma creencia.

—Expílicate.

—La explicacion es facilísima.

—Mayor razon para que inmediatamente la des.

—No he dicho que la felicidad se encuentre en el matrimonio solamente, sino en el matrimonio tal como yo acierto á comprenderlo, compuesto de un marido y de una mujer que mutuamente se amen.

—Pues vamos, desarrolla tu pensamiento.

—No gusto de hablar despues que han hablado tan venerables madres. Tengo estas controversias por impropias del sitio en que nos encontramos, y de la profesion que ejercemos; unas como religiosas de profesion, otras como aspirantes á profesar, estas como educandas, aquellas como novicias; yo misma como asilada en el santo refugio y sometida á su necesaria austeridad. Diríase que estamos en una academia de sábias ó en una córte de amor como las que, segun dicen, suelen celebrarse en la poética Provenza. Pero entraré en materia, no por mi libre albedrío, sino por superior mandato. Cuatro principales causas se han matenido aquí: segun unas, la mujer debe mezclarse en el mundo y sus enredos; segun otras, en el ideal puro y sus goces; para estas la política la llama como al hombre, para aquellas el arte. Francamente no participo de ninguna de estas creencias. El mundo tiene demasiadas sirtes para que podamos surcarlo con seguridad y con firmeza como lo surcan los hombres.

—Justo, justo.

Dijeron Rosa y Perfecta.

—Por el contrario á la mujer mas que el gran mundo le cuadra ese otro abreviadísimo donde se encuentra la modesta felicidad correspondiente á nuestra tímida naturaleza. El hogar, hé ahí el verdadero mundo de las mujeres. El misticismo, á que sor Rosa y sor Perfecta nos convidan, reservado debe quedar por lo escabroso del camino, por lo inacésible de las cimas, para alientos mayores que los alientos de una débil mujer. Y si todas á ellas subiéramos, pasaríamos por mas castas, pero tambien por menos humanas. El mundo se acabaria pereciendo la humanidad. Seríamos unos ángeles que habríamos dado muerte á nuestra especie. En la mujer hay que considerar ante todo la delicadeza. Por ella no puede entrar en las competencias del mundo, no puede combatir en los campos de batalla, no puede cosa alguna que contradiga su naturaleza. Esther no es tan heróica como Judith; pero es mucho más mujer. La política exige dos pasiones viriles impropias de nosotras; ese apego á las grandezas humanas que se llama ambicion y esa tendencia al combate que se llama valor. La amazona, si no es un mito, es un mónstruo. Semíramis no tendrá en la posteridad el renombre de Lucrecia, á pesar de que la una supo contender y la otra supo morir. Quédense la conquista de reinos y mundos para la fuerza de los hombres; á nosotras debe bastarnos la conquista de reducido dominio, la conquista de un solo corazon. En las batallas curemos las heridas y recojamos

los muertos. A los hombres la espada, á las mujeres la venda; á los hombres la sangre, á las mujeres el bálsamo; á los hombres el grito de guerra, á las mujeres la plegaria de reconciliacion y de paz. Que ellos arreglen el mundo mientras nosotras arreglamos la casa. Que ellos aticen las ideas y las pasiones del Foro, mientras nosotras atizamos la lumbre del hogar. Que ellos se encaramen allá por las cimas vertiginosas del Estado, mientras nosotras nos reducimos á inclinarnos sobre estrecha cuna. Que ellos preparen las inteligencias á pensar, mientras nosotras preparamos los corazones á querer. Me creereis exagerada y fanática; pero ni siquiera el arte, con ser arte, me parece propio de nuestras facultades. Las piedras de un edificio pesan demasiado para ser trasportadas sobre alas de mariposa, el buril se asemeja á la espada y la desbastadura de los mármoles al sitio de las fortalezas; la misma paleta y el pincel mismo se ajustan mal á nuestras delicadas manos como la tribuna se aviene mal en su vertiginosa grandeza con nuestros delicados piés; no podemos hinchar los carrillos hasta hacerlos sonar la trompa épica, ni reducir el corazon hasta hacerlo enfriarse en la imparcialidad de la historia: un verso en los lábios, un arpa en las manos; hé ahí cuanto nos está permitido á nosotras, que somos la flor en el campo, la melodía en la música, los colores celestes en el cuadro, la caridad en el mundo, la lágrima en los combates, la ternura en la vida, la sonrisa en los labios, el corazon en la humanidad, la esperanza y la fé en todas partes. En el arte nosotras más que producirlo, debemos inspirarlo; y quizá nos reservamos la mejor parte. Beatrice no ha hecho la divina Comedia, para cuya produccion se necesitaba la mano poderosa del Dante, pero la ha inspirado. Sin su inspiracion no existiria el poema. Vestida del sol, coronada de estrellas, sobre nubes, con su manto cerúleo en los hombros, con su rosa mística en las manos, los ojos extáticos ante las regiones celestes, los oidos atentos á las angélicas melodías, calzada con los argentados borceguies de la media luna, suspendida entre el cielo y la tierra, no compone la Musa cristiana nuestros versos místicos, pero los inspira, á manera que el sol no puede producir en sus llamas ni la violeta, ni la rosa, ni la miel, pero vivificarlas con los besos de sus fecundos rayos en las entrañas de nuestra baja tierra. ¿Sabeis pues á qué debemos aspirar? A conservar en toda su pureza lo que somos esencialmente. ¿Y qué somos esencialmente? Pues somos el impulso que mantiene las moles, el alma que anima las cosas, el calor que vivifica la sangre, el espíritu que ilumina las inteligencias, la creacion que reproduce eternamente los séres, somos el milagro de los milagros, somos el amor. Así debemos reducirnos á pensar en lo amoroso y en lo tierno. Por consiguiente nuestra dicha se encuentra en hogar que tenga la austeridad de un monasterio; en amor que pueda por su virtud animar la vida íntima y por su legitimidad revelarse al mundo; en esposo á quien idolatremos y que nos idolatre; en hijos cuyas sonrisas y cuyos juegos animen

y atruenen toda la casa, siendo los ángeles de tan hermoso cielo. Esa y no otra es la dicha de la mujer.

Habia hablado Lucrecia con tanta convicción y al mismo tiempo con tanta elocuencia, que nadie se atrevió á contradecirla, ni la mística Rosa, ni la extática Perfecta, ni la mundana Berta, ni la politicóna Rita, ni la artista Griselda, ni la culta Constanza, ni la imperiosa Priora. Bien es verdad que sonaba ya en la alta torre del convento la hora del retiro y del silencio y que pocos minutos antes de este plazo fatal y despues de la arenga de Lucrecia, recibiéronse dos cartas al igual interesantes para la comunidad, diciendo una que el rico caballero Guido de Montaperto pagaba varios retablos al convento de Santa Margarita y diciendo la otra que se encargaba de pintar estos retablos así como varios frescos en las paredes de la Iglesia, el célebre pintor Fra Filippo Lippi, cuya visita próxima conmovió profundamente á toda la Comunidad.

## CAPITULO VIII.

### Providenciales encuentros.

En risueña mañana cabalgaban dos jinetes por la feracísima y hermosa campiña de Prato. Sus trajes, sus monturas,\* su aire, delataban vivamente un señor con su escudero. Eran Guido, el amante despedido de Lucrecia, y Gasparo, criado de toda la confianza del grande y principal caballero, mas que criado, amigo. Por su conversacion, á la cual podemos prestar oído atento, entenderá quien leyere el objeto de aquel paseo, excursion ó viaje.

—¡Siempre lo mismo!

Decia Gasparo.

—Firme, firmísimo.

Respondia Guido.

—Firmeza inútil.

—Pero necesaria á mi corazon.....

—Descarriado por una sola mujer como si no hubiera mujeres en el mundo.

—Para mí no las hay.

—Parece imposible que con esos ojos tan grandes no veais ninguna. Yo diera cualquiera cosa por ser de esta suerte. Bien al revés llegué á solteron por no lograr preferencia en mi voluntad para ninguna: que todas me gustan.

—No sabes cuantas penas ahorras con semejantes veleidades.

—Pusiérais empeño en ello y alcanzaríais igual resultado.

—No lo creo.

—Mejor dijerais diciendo: no lo quiero.

—¿Olvidas los propósitos realizados?